

A contrarreloj

LAURA ESPARZA



*A mi madre,
que se merece un final feliz*

Miércoles, 7 de diciembre

Uno de los mejores días en la vida de Andrea Haas comenzó con un gigante de ciento veinte kilos llorando en brazos de su mamá.

Eran las diez de la mañana, y mientras las calles de Madrid se estremecían bajo la primera ola de frío invernal, en su despacho Andrea observaba sentada tras su escritorio cómo su cliente más prometedor se deshacía en lágrimas abrazado a su madre.

—Vamos, Jon. De haber sabido que te lo tomarías así, les habría dicho a los Crusaders que no estabas interesado.

—¡No! —gritó el joven, tratando de serenarse—. ¡Dios, señorita Haas! Esto es lo más importante que me ha pasado en la vida. Jamás soñé que podría conseguirlo y usted... usted... —Rompió a llorar de nuevo incapaz de continuar.

Andrea sacó un pañuelo de papel del dispensador que guardaba en un cajón para ocasiones semejantes y se puso en pie. A través de las paredes de cristal de su oficina se percató de que los otros cuatro miembros de

su agencia de representantes deportivos no perdían detalle de la escena que se estaba desarrollando allí dentro.

Se apoyó en el borde de su mesa y le tendió el pañuelo a su cliente. Ver a un hombre del tamaño y la fuerza de Jon sacudido por el llanto resultaba desconcertante. Pero no todos los días un chico nacido en un barrio humilde de Madrid era fichado por el equipo de rugby más importante de la liga neozelandesa. De hecho, nunca antes un español había jugado en un club de ese país, lo cual convertía el contrato que Jon estaba a punto de firmar en un acontecimiento histórico.

Aquel muchacho había logrado superar sus orígenes humildes, licenciarse en una de las mejores universidades del país, destacar de forma extraordinaria en un deporte infravalorado y ser fichado por el equipo de sus sueños.

Tenía sobrados motivos para dejar a un lado su pose de tipo duro y llorar a moco tendido arrullado por su madre.

—Usted... usted... es la mejor agente del mundo. La mejor.

Movido por la emoción, se puso en pie y la aplastó entre sus enormes brazos mientras el festival de lágrimas continuaba sin cesar.

Andrea sabía que no era la mejor. Ni siquiera una de las grandes. Aquel iba a ser el contrato más importante de su carrera, no porque las cifras fueran espectaculares, sino porque había abierto camino en un territorio hasta entonces inexpugnable. Y estaba convencida de que semejante hazaña lograría poner en boca de todos el nombre de su pequeña agencia y les daría el empujón que necesitaban para codearse con los grandes.

Había tardado quince años en llegar hasta ese momento, pero ahora se daba cuenta de que cada minuto de trabajo había merecido la pena. Y si sobrevivía al placaje de su cliente, le demostraría al mundo de lo que era capaz.

—Vamos, vamos. Suelta a la señorita, hijo. Deja que respire. Además, le estás arrugando la ropa.

Siguiendo las instrucciones de su madre, el muchacho la liberó y volvió a sentarse. Se secó las lágrimas con el puño de su americana azul mientras Andrea se recolocaba el vestido rojo de manga larga que se ponía siempre para las reuniones importantes.

—He revisado el contrato punto por punto —le informó, regresando tras su escritorio— y las condiciones son las habituales. Se encargarán de buscarte alojamiento en Christchurch y gestionarán todo el papeleo con la embajada. También te ofrecen un tutor para que domines el idioma lo antes posible. Si firmas, en enero serás el nuevo pilar de los Crusaders. Y para que veas que van en serio... —Abrió uno de los cajones y le lanzó un trozo de tela roja—. El número tres con tu nombre impreso.

Jon extendió la camiseta y la sostuvo en el aire. Aquella prenda era la prueba material de que su sueño se había hecho realidad. No pudo evitar que las lágrimas le anegaran los ojos de nuevo y se tapó la cara con ella para ocultar sus sollozos.

—Le aseguro que nunca lo había visto llorar así —trató de disculparlo su madre mientras le frotaba la espalda para calmarlo.

—No se preocupe. Esto es habitual. Los deportistas como su hijo pueden ser inmovibles en el terreno de

juego, pero se deshacen en lágrimas en cuanto ven su nombre estampado en la camiseta del equipo de sus sueños.

Le permitieron desahogarse durante varios minutos más mientras comentaban los detalles de la nueva vida que aguardaba a Jon en Nueva Zelanda. Cuando el joven consiguió serenarse, revisaron el contrato minuciosamente. Una vez su firma estuvo impresa en cada una de las hojas, Andrea se puso en pie de nuevo y le ofreció la mano.

—Haz que nos sintamos orgullosas.

Jon ignoró su gesto y volvió a atraparla entre sus brazos.

—Sabía que usted haría el milagro. Gracias, muchísimas gracias.

La emoción que encerraban aquellas palabras la conmovió hasta tal punto que tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas y no seguir el ejemplo de su cliente.

Cuando madre e hijo salieron de su despacho y abandonaron la oficina, sonrió. Y su sonrisa se ensanchó cuando David, Gabriela, Eva y Teresa, su estupendo equipo de trabajo, se dirigieron hacia ella llevando varias botellas de champán.

—¡Lo conseguiste, Andrea! ¡Eres una fuera de serie! —gritó David mientras la abrazaba.

—El mérito no es solo mío.

—No seas modesta, cariño. —Gabriela le dio un beso en la mejilla y le puso en la mano una de las botellas—. Tú eres la que se ha pasado miles de horas colgada del teléfono y la que ha volado dos veces hasta Nueva Zelanda para hacerles la pelota a los Crusaders.

Celebrar el contrato con ellos hacía mucho más dul-

ce el momento. Porque aquellas personas no eran meros compañeros de trabajo, sino parte de su familia. Gabriela y David llevaban con ella casi desde el principio. Empezar desde cero no había resultado sencillo, pero entre los tres habían conseguido una cartera de clientes nada despreciable. Gabri era experta en márketing y David era capaz de descubrir futuras estrellas entre los deportistas que pasaban desapercibidos para el resto de ojeadores. Teresa se había unido a ellos hacía ya seis años, cuando el trabajo comenzó a crecer y se hizo necesario contratar a una persona para que se hiciera cargo de los aspectos administrativos. Tenía cincuenta años, un genio del demonio y era la mejor secretaria del mundo. Eva solo llevaba trece meses trabajando en la agencia. Con apenas veintidós años se había presentado en su puerta con una doble licenciatura en Derecho y Administración y Dirección de Empresas y dos futbolistas de segunda división dispuestos a firmar un contrato de representación. Bajo una apariencia fría e impenetrable, acrecentada por una peculiar afición a la ropa negra y una mirada felina, Andrea había intuido una fuerza y una pasión inquebrantables, así que no había tenido más remedio que contratarla.

Alzó la botella que Gabri había puesto en su mano y, al ver la marca, se dio cuenta de que no habían reparado en gastos.

—¿Tenemos presupuesto para este derroche?

—En realidad —se apresuró a responder Eva con su habitual aire severo—, nuestros números son un desastre. Pero quizá con el contrato de hoy...

—Solo bromeaba. —Andrea sonrió y rompió el papel dorado que cubría el corcho.

A través de las paredes de cristal de su despacho, vio cómo la puerta de entrada a la oficina se abría para dar paso a una pelirroja vestida con una boina y un abrigo verdes que le daban el aspecto de una modelo de los años cincuenta.

—¡Irene! —gritó sorprendida, y le hizo gestos con la mano para que se uniera al grupo.

Su mejor amiga le dedicó una amplia sonrisa y entró en el despacho quitándose los guantes de lana.

—¿Estáis de celebración? ¡Vaya, champán del bueno! Debéis de haber fichado a una superestrella.

Se llevó la mano a la cabeza para quitarse el gorro de lana y algo lanzó un espectacular destello.

—¡Madre mía, Irene! —exclamó Gabriela—. ¡Ese enorme diamante ha estado a punto de dejarnos ciegos!

Andrea se olvidó de la botella y sus ojos se agrandaron al contemplar el anillo de compromiso que lucía su mejor amiga en el dedo anular izquierdo.

—¿Vas a casarte? —le preguntó.

El rostro de Irene se tensó, como si no le gustara el modo en que se estaban desarrollando los acontecimientos.

—Eso parece —respondió con una sonrisa incómoda—. Me lo ha propuesto hace un par de horas y no he podido decir que no.

Todos se acercaron para darle la enhorabuena y mostrarle su cariño. Todos se alegraron por ella porque Irene era de esa clase de personas que se hacen querer. Todo eran sonrisas y abrazos, pero Andrea no podía moverse del sitio.

—¿No dices nada? —Irene la observó con gesto preocupado.

—Ni siquiera sabía que salieras con alguien.

—No te lo conté porque era pronto. No íbamos en serio...

—... hasta que te ha pedido que te cases con él.

Aun a su pesar, Andrea se puso a la defensiva, incapaz de hacer frente a los sentimientos que la noticia de Irene había despertado en su interior.

—Sí, supongo. No quería que te disgustaras.

—¿Y por qué iba a disgustarme que mi mejor amiga tenga pareja?

—Porque salgo con un deportista. Y sé lo que opinas sobre ellos.

Andrea tenía una inmejorable opinión sobre los deportistas. Hombres y mujeres que se dejaban la piel para alcanzar sus sueños. Eran las superestrellas pagadas de sí mismas las que no le merecían ningún respeto.

—¿Con quién vas a casarte, Irene? —preguntó.

—Con Marc Álvarez.

David dejó escapar un silbido.

—¿El jugador de baloncesto? —preguntó Eva.

Irene asintió sin apartar los ojos de Andrea.

—¿El escolta de los Bobcats? —insistió Gabriela.

Andrea cerró los ojos en un infantil intento por hacer desaparecer el mundo a su alrededor. Se suponía que aquel iba a ser uno de los mejores días de su vida. Y de pronto su mejor amiga anunciaba que iba a casarse con un jugador de la NBA. Un hombre al que no conocía y cuyo equipo tenía la sede al otro lado del mundo.

—Vas a mudarte a los Estados Unidos.

No fue una pregunta, sino la verbalización de su

mayor miedo. Cuando Irene asintió, Andrea hizo saltar el corcho de la botella y se llevó el champán directamente a los labios. El alcohol le calentó el cuerpo por dentro. Bien, seguía viva. Aunque, por un instante, se le había parado el corazón.

—El chaval es rápido, ¿verdad?

En el circuito de Jerez, tres monoplazas de GP2 se deslizaban por el asfalto a una velocidad de casi doscientos kilómetros por hora. Lejos de la pista, en la sala de control, Luc seguía la carrera en los monitores que proyectaban las imágenes captadas por las cámaras que controlaban cada centímetro del trazado.

Ya en la línea de salida, el monoplaza rojo había dejado atrás a los otros dos y, aunque le habían dado alcance, seguía estando en cabeza. La primera curva la tomó en solitario, la segunda también, pero en la tercera el monoplaza verde trató de adelantarlo por el exterior. En una maniobra peligrosa, el bólido rojo se abrió obligando a su adversario a pisar el freno para evitar colisionar contra el muro de protección.

—Es un gilipollas.

Luc no tenía muchas esperanzas depositadas en aquella reunión. Se había desplazado hasta Jerez solo porque un antiguo conocido suyo, que ahora colaboraba con una escudería local, le había asegurado que

Álex Martín, el piloto del vehículo rojo, tenía madera de campeón. Pero Luc había hecho sus deberes y, aunque sus triunfos infantiles en la categoría de karts eran insuperables, desde que había entrado en la GP2, el trampolín para la Fórmula 1, el chico se había ganado fama de conflictivo.

No por nada habían comenzado a apodarlo el Kamikaze.

En el circuito, el monopla azul era ahora el que intentaba un adelantamiento por el interior. El piloto aprovechó un hueco y rebasó a su contrincante colocándose en cabeza.

—Espera y verás —dijo emocionado su contacto.

Siguiendo la estela del coche azul, el monopla rojo presionó acercándose al máximo, sin llegar a tocar el parachoques de su oponente pero lo bastante cerca como para que cualquier error pudiera resultar letal. Tenías que estar hecho de una pasta especial para arriesgarte en una maniobra semejante y también para soportarla estando en cabeza. En la siguiente curva el coche rojo se abrió y adelantó al azul por el exterior. Pero su rueda trasera golpeó el morro de su adversario y el monopla azul giró sin control hasta salirse del circuito.

El coche verde se detuvo para asegurarse de que su compañero no hubiera sufrido ningún daño en el accidente. El rojo continuó rodando a toda velocidad hasta llegar a la meta, sin mirar atrás.

—Eh... Tal vez esa no haya sido su mejor actuación, pero el chico es el más rápido del circuito y contigo como representante podría llegar a ser un campeón de la Fórmula 1.

—Solo hay un problema.

—¿Cuál?

—Yo no trabajo con gilipollas.

Abandonó la sala de control con el tipo pisándole los talones.

—Vamos, Luc. Ya sé que ha sido una maniobra peligrosa. Álex tiene un carácter... impetuoso. Pero es incluso mejor que Alonso a su edad.

—También es mucho más alto. ¿Cuánto mide? ¿Uno noventa?

—Wurz mide uno ochenta y cinco.

—Y no cabía en el McLaren —aseguró mientras descendía las escaleras que lo llevarían al exterior—. Tu chico no tiene actitud y su tamaño es un problema. Necesitará un coche especial, y ninguna escudería invertirá en diseñarle uno a medida si no está segura al cien por cien de que podrá recuperar su inversión. Y, créeme, ese chaval se convertirá en confeti tarde o temprano.

—Entonces, ¿no vas a representarle?

—Cuando deje de ser un gilipollas, dile que me llame.

—Luc. El equipo no va a renovar su contrato para el año que viene. Saben que tiene potencial, pero quieren victorias. El chico te necesita.

—Hay otros agentes.

—Pero ninguno como tú. No me obligues a hacerle la pelota y soltarte ese rollo de que eres el único capaz de conseguir que deje de ser un kamikaze y se convierta en un campeón.

—Lo que tu chico necesita es una niñera. Y yo no soy una maldita Mary Poppins.

Ya en la calle, caminó hasta su todoterreno negro dispuesto a salir de allí lo antes posible. Se quitó la chaqueta y la lanzó al asiento trasero.

—¿Ni siquiera vas a saludarle?!

—Tengo que volver a Madrid y son seis horas en coche. Cinco, si piso el acelerador a fondo. Cuatro, si tomo ejemplo de tu chico y me dejo los neumáticos en el asfalto.

—¡Vamos, Luc! ¡Si incluso es un chaval guapo! ¡Sería un ídolo para las quinceañeras!

Luc se puso las gafas de sol y sonrió.

—Tal y como conduce, dudo que su atractivo sobreviva a su próximo accidente.

Se montó en el todoterreno y abandonó el recinto a toda velocidad.

En el fondo, tenía un palpito con ese chico. Estaba seguro de que, con la guía adecuada, podría convertirse en un piloto excepcional. Tenía carácter, talento y el espíritu de un luchador. Solo necesitaba que alguien le bajara los humos y le enseñara que un verdadero campeón no busca ganar a cualquier precio. Que no se trata de humillar a tus rivales, sino de demostrar en una pelea justa que tu capacidad para exprimir al máximo las posibilidades de una máquina perfecta te convierten en el mejor.

Pero él no podía hacerlo. Porque hacer de niñera requería invertir un tiempo que no tenía. Su cartera de clientes estaba repleta, y aunque siempre andaba a la caza de nuevos talentos, ese chico tenía todas las papeletas para convertirse en una pésima inversión.

—Carmen —pronunció en voz alta.

Su manos libres marcó el número de teléfono de su secretaria. ¡Asistente! Si Carmen se enteraba de que había usado esa palabra para pensar en ella...

—*¡Jefe! ¿No hemos hablado hace diez minutos? Sé*

que no puedes vivir sin mí, pero estoy felizmente casada desde hace treinta años.

—Me rompes el corazón, aunque no pierdo la esperanza.

—*Cariño, lo nuestro es imposible. Mi marido es un hombre extraordinario y tú no le llegas ni a la suela del zapato. Cuanto antes lo aceptes, antes podrás encontrar una mujer que te ayude a superar mi recuerdo. ¿Tienes buenas noticias?*

—No. Lo del piloto no ha ido bien. Ha sido una pérdida de tiempo. Vuelvo a casa. ¿Tengo algo importante esta tarde?

—*Marc ha llamado. Quiere que vayas a verlo al gimnasio después del entrenamiento.*

—¿Ha dicho por qué?

—*No. Solo que era una cuestión de trascendencia vital o de vital importancia o de vida o muerte. También ha comentado que deberías superar tu miedo a volar y dejar de perder tanto tiempo yendo a todas partes en coche.*

—Pero tú me habrás defendido, ¿no?

—*¡Por supuesto! Soy tu empleada más leal. Le he hablado de tu sueño truncado de ser taxista y de cómo de esta forma te sientes un poco realizado y...*

—Estás despedida.

—*Soy yo la que renuncia.*

—Te veré mañana en la oficina.

—*Claro. Conduce con cuidado y recuerda que prometiste traermé un recuerdo de Jerez.*

Luc soltó una maldición cuando la llamada se cortó. Se le había olvidado por completo el puñetero recuerdo. Y si se presentaba en la oficina al día siguiente con las manos vacías, Carmen lo desollaría vivo.

Si hubiera volado hasta Jerez, podría haberle comprado algo en el aeropuerto. Pero hacía diez años que no se subía a un avión porque la idea de caer en picado desde doce mil metros de altura a una velocidad de ochocientos kilómetros por hora sabiendo que iba a estrellarse contra el suelo y que el avión se convertiría en una bola de fuego y que no podría hacer nada para salvar su vida salvo esnifar oxígeno de una ridícula mascarilla para permanecer consciente durante la caída y no desmayarse antes de morir calcinado lo aterraba. Aunque la idea de que su secretaria —¡asistente!— se enfadara con él era aún peor.

En cuanto vio una señal indicando un área de servicio, salió de la autopista.

Mientras revisaba los pasillos de la tienda, se dio cuenta de que lo que ese piloto necesitaba era alguien como Carmen. Una mujer que lo mantuviera a raya con mano dura, que no aguantara gilipollices y que hiciera de su vida un infierno si se le ocurría contrariarla. Porque las mujeres como Carmen eran las que convertían a los niños en hombres. A los perdedores en triunfadores. Y a los agentes deportivos desbordados de trabajo en hombres felices capaces de dormir por las noches. Cogió una botella de brandy de Jerez Solera Gran Reserva y fue a pagarla. El recuerdo le iba a costar un ojo de la cara, pero su asistente —*secretaria*— se merecía lo mejor.

—Odio a ese tío.

Tras el *shock* inicial, Andrea había decidido que necesitaba saberlo todo del hombre que tenía intención de robarle a su mejor amiga, de modo que se había sen-

tado con Irene en el sofá de piel marrón que había junto a las ventanas de su despacho dispuesta a hablar. Pero eso no significaba que pensara bajar la guardia y dejarse convencer fácilmente de que había un hombre sobre la tierra que mereciera casarse con ella.

—Bobadas —respondió Irene con una sonrisa—. En cuanto lo conozcas, te darás cuenta de que es el hombre perfecto para mí.

—¿Un jugador de la NBA de veintiséis años? Lo dudo mucho, y algo malo debe de tener si has decidido ocultarme su existencia hasta ahora.

—No es lo que piensas. Odio mentirte, pero has estado muy liada con el trabajo y no quería que te preocuparas por mí.

—No me habría...

—Claro que sí. Y lo sabes. Habrías revoloteado a mi alrededor como una gallina clueca, asegurándote de que estaba bien, y utilizando la menor excusa para despotricar contra Marc y las superestrellas del deporte como él.

Quizá. Pero solo porque ella era una de las personas que más le importaban y le deseaba toda la felicidad del mundo.

—Marc es diferente —aseguró Irene—. No es... como los otros.

Los otros. También conocidos como los indeseables que le habían roto el corazón. La razón de que Andrea se mostrara excesivamente protectora con ella y desconfiara de cada hombre que entraba en su vida.

Al parecer, Marc había conseguido convencer a su mejor amiga de que no era como sus predecesores, pero iba a tenerlo difícil para convencerla a ella.

—Espero que al menos se haya puesto de rodillas para proponerte matrimonio.

—En realidad, estábamos sentados en la cocina...

—¿En nuestra cocina? ¿Ha estado en nuestro apartamento?

—Ha venido a desayunar conmigo. Últimamente lo hace casi todos los días.

—Ya veo. Debo de haber estado totalmente absorbida por mi trabajo para no darme cuenta de nada. —Andrea se incorporó al percatarse de un detalle importante—. Un momento. Lo habéis hecho en nuestra casa sin que yo me enterara, ¿verdad?

—Pero solo en mi habitación. Y en alguna de las zonas comunes. —Irene trató de ocultar una sonrisa.

—De acuerdo. Dejaremos esos detalles para luego. Estabais desayunando y...

—Se ha puesto a dibujar en uno de mis cuadernos. Un par de monigotes junto a un vagón de tren. Ahí fue donde nos conocimos, ¿sabes? Hace cuatro meses, cuando viajé a Barcelona para ver a mi editora.

—¿Hace cuatro meses que le conoces?!

Irene asintió.

—Se sentó a mi lado. Nos pusimos a hablar y... Antes de llegar a Barcelona, me había invitado a un partido de baloncesto. Pensé que era una idea espantosa, porque ya sabes que no me interesan los deportes, pero acepté. Cuando llegó el día del partido y le vi en la cancha con la camiseta de tirantes y los pantalones cortos...

—¡Oh, Irene! Eres una *groupie* —bromeó Andrea.

—No te burles de mí. Es un jugador extraordinario.

—Si no lo fuera, no habría conseguido un segun-

do contrato en la NBA. ¿Sabías que a los diecinueve años fue seleccionado en la tercera posición del *draft* y que en el último momento se echó atrás? Los rumores que corrieron sobre él fueron despiadados, pero hace dos años los Bobcats de Carolina del Norte apostaron por él y se ha convertido en uno de los mejores escoltas del mundo. Algo especial debe de tener, aunque no puedo creer que te dejaras seducir con el truco del gran deportista en acción. Es tan típico...

—Supongo que soy una chica fácil. Me deslumbró, lo reconozco. Pero después del partido fuimos a dar un paseo y hablamos y nos reímos. Tiene una sonrisa preciosa y es dulce, inteligente, divertido...

—... y rico, guapo, famoso y seis años más joven que nosotras.

—Sí, pero nunca he sentido que fuera poco maduro o demasiado infantil. De hecho, es todo lo contrario. Tiene las ideas muy claras. Cuando estoy con él, es como si todo fuera perfecto. Como si el mundo fuera un lugar seguro...

—Termina la historia de la pedida de mano antes de que me suba el azúcar.

—¿Dónde me he quedado? Ah, sí. En el tren. Se le da muy bien el dibujo esquemático.

—Como a todos los hombres de las cavernas.

—El caso es que ha dibujado un tren con dos monigotes. Yo pensaba que éramos nosotros, pero entonces ha añadido otro tren con otro monigote. Y entonces ha empezado a rodear los monigotes con círculos y trazar flechas de un tren a otro y lo ha llenado todo de exclamaciones, interrogaciones y otros signos de puntuación.

—Tu chico es todo un Picasso.

—Ha emborronado toda la hoja y, como no se entendía nada, la ha tirado a la basura. Después me ha explicado que no se sentó a mi lado por casualidad. Que había ido a la estación para despedir a un amigo y, cuando me vio en el andén, supo que si me dejaba marchar se arrepentiría siempre. Me siguió, sin billete y sin tener idea de adónde me dirigía. Una vez en el tren, tuvo que convencer a diez personas de que cambiaran de asiento para poder sentarse a mi lado. Pero consiguió su objetivo. Cuando llegamos a Barcelona y nos despedimos, se volvió a Madrid sabiendo que estaba enamorado de mí. Y entonces me ha dado el anillo y me ha dicho que el *lockout* había terminado y que si no le acompañaba se quedaría aquí porque no pensaba separarse de mí. Y yo le he dicho que solo un estúpido renunciaría a la NBA y él me ha dicho que la estupidez sería abandonar a la mujer de su vida para jugar al baloncesto. Y que debería casarme con él porque es guapo, rico, famoso, una leyenda del deporte, un dios en la cama y el único hombre sobre la Tierra que conoce mi adicción a los *reality shows* y que me quiere a pesar de ello. Así que me he echado a llorar y le he dicho que me casaría con él y me mudaría a los Estados Unidos para estar a su lado.

Andrea suspiró. De ser cierta, esa historia era un punto a favor del jugador de baloncesto porque era justo la clase de gesto sencillo pero lleno de significado que adoraban las románticas como Irene.

—De verdad que odio a ese tío. Y no entiendo por qué tenéis que apresurar tanto las cosas. Deberíais vivir juntos antes de intercambiar promesas de amor eterno...

—Si nos casamos antes de fin de año, tendremos muchos menos problemas con inmigración —explicó Irene.

—¿Casaros antes de fin de año?! ¿Cómo vas a organizar una boda en solo tres semanas?

—No voy a hacerlo. No hay tiempo. Él tiene partidos y yo tengo que entregar las ilustraciones para el libro antes de Navidad. Además, está el tema de la mudanza. Tiene una casa en Charlotte y le gustaría que la viera antes de trasladarme. Hemos pensado en ir un día al juzgado y olvidarnos de la gran ceremonia.

—Irene...

—Sé que me has oído muchas veces hablar sobre cómo sería la boda de mis sueños, pero he encontrado al hombre perfecto. ¿No crees que tenerlo todo sería tentar a la suerte?

Lo dijo con una sonrisa, pero Andrea vio en sus ojos un atisbo de tristeza. Nunca admitiría lo mucho que renunciar a la boda de sus sueños representaba para ella porque no estaba en su naturaleza hacer grandes dramas de situaciones que parecían irrevocables.

—Además —insistió Irene—, así te ahorraré el bochorno de llevar un vestido de dama de honor espantoso.

—Has visto demasiadas comedias románticas. Aquí no hay damas de honor, solo padrino, madrina y testigos. Quizá podáis organizar una gran boda más adelante...

—Sí, quizá. Son demasiadas cosas en muy poco tiempo y, como la temporada ha empezado tarde, el número de partidos en los próximos meses será una locura. No es tan importante, de verdad. —Irene se

puso en pie—. Por cierto, voy a llevar a Marc a mi casa este domingo para presentárselo a mi familia y darles la noticia. ¿Vendrás con tu abuela? Así podrás conocerle. Además, necesitaré que consueles a mi padre cuando le diga que me mudo. Si hay público, seguro que no se echa a llorar.

Andrea lo dudaba. Germán García era un hombre de apariencia intimidante, fuerte, ancho y moreno, que se desharía en lágrimas en cuanto le anunciaran que su primogénita se casaba y se mudaba al otro lado del mundo.

—No pensaba ir a casa este fin de semana. Mi abuela y sus amigas están de viaje. ¿Por qué no le dices a Marc que venga esta noche a cenar con nosotras? Pediremos comida y comprobaré si el chico da la talla.

Irene sonrió mientras jugueteaba con sus guantes de lana.

—Te alegras por mí, ¿verdad? Ojalá no tuviera que irme, pero...

Andrea se levantó y la abrazó.

—Llevo todo el día aguantándome las lágrimas y no voy a empezar a llorar ahora, así que no digas nada más. Te quiero y lo único que me importa es que seas feliz.

—Soy feliz.

—Entonces lárgate de mi vista y ve a disfrutar de tus últimos días como soltera. Lo único bueno de que vayas a casarte es que ya no tendré que preocuparme de que me regales esa colcha interminable que te dedicas a coser cuando no tienes pareja.

—¡Eh! No te metas con mi colcha. Es de *patchwork* y algún día será preciosa.

—Y lo bastante grande como para cubrir un campo de fútbol. Ahora ya puedes colgar las agujas, Penélope.

Irene sonrió y salió de la oficina abrochándose el abrigo y pertrechándose para afrontar el gélido viento que azotaba las calles de Madrid.

Andrea se dejó caer en su silla, derrotada. Sabía que tarde o temprano Irene se casaría porque ese era uno de sus sueños. Pero que se marchara a vivir a los Estados Unidos, tan lejos... Habían estado juntas desde los trece años, cuando los padres de Irene se mudaron a la casa de al lado. Habían ido juntas al colegio y, a los dieciocho, se trasladaron juntas a Madrid. Andrea, obsesionada con convertirse en agente deportiva, e Irene, con hacer de su talento para el dibujo algo de provecho. Ella había montado su agencia e Irene se había convertido en ilustradora de libros infantiles. Vivían juntas, iban juntas de compras, al cine, a restaurantes, a la peluquería... Eran casi siamesas.

Irene era su media naranja y ahora iba a casarse y a mudarse a más de seis mil kilómetros de distancia. Iba a dejarlo todo y a renunciar a la boda de sus sueños por un chico que quizá no mereciera la pena.

Pero Andrea iba a asegurarse de que la felicidad de su mejor amiga fuera completa. Y para ello iba a poner a prueba a cierto jugador de baloncesto...